

MEMORIA DE NAPOLEÓN EN LA SEGUNDA REPÚBLICA

Marta Ruiz Jiménez

Sesión de las Cortes en el exilio, México, 10 de enero de 1945, De Los Ríos:

“...en 1808, cuando Europa toda está sometida, es España la que acuña la palabra “liberal”, sitiada en Cádiz, la incorpora al diccionario político y abre una perspectiva a los hombres que se dedican a este género de meditaciones completamente nuevas. Es ella de nuevo, en 1820, la que sugiere a Bentham su afirmación: “Hoy no hay en Europa más que una esperanza: España”. Lo propio acontece en 1936: no hubo más que una esperanza para Europa: la posibilidad de haber comprendido la verdad del drama español, las dimensiones históricas del drama español y haber impedido que se consumase en España lo que luego se ha ido consumando lentamente en tantos y tantos pueblos. En aquella hora hablamos. No estaba madura la conciencia histórica. La hora habría de venir más tarde. ¿Es esta? ¿Recogeremos la cosecha? ¿Será provechoso todo el esfuerzo de nuestros héroes? ¿Será provechosa la muerte de nuestros muertos?...”

Sesión de las Cortes 11 de septiembre de 1931, Royo Villanova:

“...Yo os pregunto: ¿Existe en España la conciencia nacional? Porque yo aprendí en el libro de Pi y Margall -en ese federalismo que yo he mirado siempre con simpatía-, y la prueba es que lo he votado casi siempre, y D. Francisco Pi y Margall decía, abundando en las razones que ahora exponía un Diputado por Canarias, que nada tiene que ver el federalismo con el separatismo: *“No tengáis miedo de establecer el federalismo en España, porque la Nación española está afianzada y la conciencia nacional es firme y definitiva, porque la prueba de que existe la conciencia nacional -decía Pi- es que en 1808 el pueblo la sintió, así como en la guerra de África de 1860”* Esto lo decía Pi en 1876. Y yo recuerdo aquellos pliegos de soldados que, siendo chico, compraba por una cuaderna, que uno de los preferidos era aquel en que estaban los voluntarios catalanes y Prim con la bandera española a la cabeza (*Un Sr. Diputado: Como lo hemos sentido el 14 de Abril*). Es más: yo sostengo que Cataluña, el año 1812, sintió la conciencia española todavía más que mi tierra nativa, que es Zaragoza, y ya comprenderéis que yo me siento orgulloso de descender de los héroes de Zaragoza; pero reconozco que fue más grande el Sitio de Gerona, porque se veía más la conciencia nacional española en él que en el de Zaragoza, pues las coplas populares que ha traído el folklore y que nos trae, con ese sentimiento auténtico, la inspiración nacional, nos recuerdan que lo que cantaban los aragoneses para engrandecer su entusiasmo, era: *La virgen del Pilar dicen / que no quiere ser francesa, / que quiere ser capitana de la tropa aragonesa*. Es decir, fijaos bien: “de la tropa aragonesa”; esto es, que lo que defendían era Aragón. En cambio, mirad lo que cantaban en Gerona: *Digas-me tú, Girona, / si ten rendirás: / ¿Cóm vois que'm rendesca / si Espanya no ho vol pas?* Es decir, que Gerona sentía a España...”

Sesión de las Cortes 25 de septiembre de 1931, Leizaola:

“...El 2 de Mayo que es una fiesta señalada... (*Un Sr. Diputado: El 2 de Mayo lo va a hacer S.S. hoy. - Varios Sres. Diputados: ¡a la enmienda!*) En la enmienda estoy. Es uno de los

extremos más importantes de toda la Constitución. El día 2 de mayo, que es una fecha que en Bilbao tiene una significación distinta que en Madrid y que probablemente conocerán muchos Sres. Diputados, sino la Cámara toda...”

Sesión de las Cortes 21 de julio de 1932, Santalo:

“...En la soledad de mi escaño recordaba yo, Sr. Ministro, que únicamente ha sido fuerte la unidad nacional en España cuando el estado ha sido más débil (el Estado o, por lo menos, quien le encarnaba jurídicamente). Le diré a S.S. los momentos. Uno, cuando el país entero se levantaba ante la invasión de los árabes; otro (y voy a citar uno que no será sospechoso para S.S.), cuando un antecesor de ese Borbón que la virilidad y civilidad de España ha echado para siempre de nuestro país, se postraba de rodillas ante el autor de la invasión francesa en 1808. Otro caso más reciente: el 14 de Abril de 1931, cuando sin ninguna excitación del Estado, sin la orientación de las autoridades oficiales, sin la coacción de los Gobiernos civiles, España entera -sin diferencias (tal como ocurrió en 1808), sin distinción entre Cataluña, Aragón, Castilla, Andalucía, Galicia, etc., con absoluta unanimidad espiritual, expresión del verdadero patriotismo, que está también por encima de estas rancias discusiones-, España entera, la verdadera España, sin desviaciones sospechosas, se mostraba con esa unidad que no tendrá nunca ningún Estado (llámese como se llame) por medio de la coacción de un Ejército o de la fuerza pública de cualquier clase. (*Muy bien, muy bien, en la minoría catalana*)”

Sesión de las Cortes 29 de julio de 1932, Campalans:

“...En España hemos malogrado muchas fechas, muchas ocasiones. Hemos malogrado aquel 1808 que fue un momento propicio para convertir el Estado policía en Estado nación; hemos malogrado aquel 1808, y vamos a malograr el 14 de Abril, la más gloriosa de las fechas de la historia de España desde hace cuatro siglos?”

Sesión de las Cortes 2 de agosto de 1932, Royo Villanova:

“... los pueblos cuando reaccionan es cuando sienten el peso y el oprobio de la dictadura, y Cataluña permaneció bastante insensible en aquel periodo de la Dictadura. ¿Por qué? Porque no sentía la patria catalana como sentía la Patria española en el Sitio de Gerona: la Patria española no midió las fuerzas que tenía Napoleón; Gerona contra Napoleón no midió las fuerzas que Napoleón tenía, y, en cambio, midieron las fuerzas que tenía Primo de Rivera. ¿Cómo voy a comparar a Napoleón con Primo de Rivera?...”

Sesión de las Cortes 22 de mayo de 1935, Goicoechea:

“...España compareció en 1815 en el Congreso de Viena. España acababa de ser el principal artífice de la derrota de Napoleón; iba a Viena íntimamente enlazada con un aliado poderoso, que era Inglaterra, y, sin embargo, mientras Francia, que era la vencida, representada por Tayllerand, conseguía del Congreso de Viena grandes cosas, España no alcanzaba absolutamente nada. ¿Por qué? ¿Por su indefensión? No. Porque,

desgraciadamente, en aquel momento no tuvimos conciencia clara de lo que debíamos pedir, de lo que debíamos desear, y las instrucciones a Gómez Labrador se redujeron a hablarle de cosas fantásticas, como el reino de Etruria y la retrocesión de la Luisiana, que era un imposible, y esa fue la causa del fracaso de España en Viena,...

Sesión de las Cortes 1 de julio de 1936, Zabalza:

“...y llegamos al año 1808 en que el pueblo es abandonado otra vez por sus reyes, por aquellos reyes traidores, cual corresponde a su raza, que felicitaban al extranjero que estaba pisando el suelo español...”

Sesión de las Cortes 10 de julio de 1936, Trias de Bes:

“...2 de Mayo de 1808, verdadera obsesión de algunos Sres. Diputados, especialmente de los que se sientan en esos bancos (*Señalando a los de la minoría socialista*), vocero de ellos el Sr. Zabalza. ¿Por qué la fecha de la guerra de la Independencia? Porque entonces -decis- se realizaron o se iniciaron las primeras expoliaciones de bienes comunales...”

Un relato de la jornada: Levantamiento del 2 de mayo y estancia de Fernando VII en Valençay (*Guerra de la Independencia Española: una nueva visión*, Editorial Mandala, 2016, Marta Ruiz Jiménez)

Al señor Gil. A la junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado a Bayona de orden del rey, y digo a dicha junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Dios nos la de buena. Adiós, señores, hasta el valle de Josafat. Antonio Pascual. *Nota del infante Antonio Pascual al ministro Gil de Lemus*

Según los cálculos del conde de Toreno, las tropas francesas que ocupaban Madrid alcanzaban unos 25 mil hombres, sin contar la artillería apostada en el Retiro y la guardia imperial, de a pie y a caballo a las cuales, Murat, pasaba revista todos los domingos en el Paseo del Prado después de oír misa en la iglesia del Carmen Descalzo, en la actualidad la parroquia de San José, en la calle de Alcalá; y esto es lo que, efectivamente, hizo el domingo 1 de mayo de 1808, víspera del levantamiento.

En la mañana del 2 de mayo debían partir camino a Bayona la reina de Etruria y los infantes Francisco de Paula y Antonio Pascual. La salida de la reina de Etruria con sus hijos no causó alarma entre el pueblo; pero pronto corrió la voz de que salían los infantes Antonio y Francisco y en ese instante creció el desconcierto y la ira de los madrileños cuando los criados de palacio difundieron una sensiblería que tanto gusta al populacho para solidarizarse con los ricos que también sufren y es que el no tan pequeño infante Francisco, que rondaba los 15 años de edad, lloraba y no quería emprender el viaje. Llegó a palacio el ayudante de Murat, Augusto Lagrange, para ver qué ocurría; este fue reconocido por los congregados y comenzó el tumulto al grito, ya conocido, de una mujer: “¡qué nos lo

llevan!"; todos los congregados en las puertas de palacio se enfrentaron a Lagrange que tuvo que ser defendido por un oficial de las guardias walonas, Miguel Desmaisieres y Flores. La protesta fue subiendo de tono e intervino una patrulla francesa al tiempo que Murat envió un batallón con dos piezas de artillería que abrieron fuego contra los congregados lo que provocó su dispersión y a partir de ahí se extendió el levantamiento protagonizado por los madrileños que empuñaban las armas que tenían más a mano: chuzos, espadas, tijeras, escopetas, etc.; desde los balcones y ventanas se arrojaban a los soldados franceses tiestos, ladrillos, agua hirviendo y se gritaba por las calles "*¡Vecinos, armarse! ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!*"; y las mujeres se metían debajo de los caballos de los mamelucos:

“para hundir en sus vientres las navajas, y encaramarse a los hombres a la grupa de los mismos para hacer a los jinetes el propio agasajo”

Pronto se llenó la calle Mayor, Alcalá, Montera y Carretas. La artillería francesa y la caballería de la guardia imperial tomaron las calles de Alcalá y carrera de San Jerónimo; lanceros polacos y mamelucos siguiendo las órdenes de los generales de brigada asaltaron domicilios, entre ellos la casa del duque de Híjar en la carrera de San Jerónimo, y según relato del conde de Toreno, arcabucearon al portero. Mientras, la tropa española permanecía retenida en sus cuarteles por orden de la Junta de Gobierno y del capitán general, Francisco Javier Negrete.

Los hechos son conocidos. Los madrileños, algunos defienden que por iniciativa propia, se dirigieron al parque de artillería de Monteleón, del que hoy tristemente solo queda un recuerdo para uso de mengitorio en las madrugadas de Malasaña, en la llamada Plaza del Dos de Mayo. Pronto se pusieron al frente los oficiales Pedro Velarde, Luis Daoiz acompañados de Jacinto Ruiz. Esto implica un acto de desobediencia militar que, irónicamente, ha sido premiado en la posteridad. A diferencia de otros actos de desobediencia este se ha vanagloriado, fundamentalmente por la derecha política, además de servir para vestir muchas carreras académicas-universitarias y muchos comisariados de exposiciones de infinitas conmemoraciones que en la borrachera del pasado bicentenario parecían no terminar nunca.

Así que estos oficiales abrieron las puertas del parque y sacaron tres cañones auxiliados por los madrileños y un piquete de infantería que mandaba Jacinto Ruiz y se enfrentaron a una columna francesa que partía del cercano convento de San Bernardino; finalmente y después de varios encontronazos morirán Ruiz, Velarde y Daoiz. Siguiendo a los historiadores del diecinueve, Murat comunicó a Napoleón los días 3 y 6 de mayo que las tropas españolas han estado disciplinadas y obedientes, no han intervenido contra los franceses o lo que es lo mismo no han propiciado ni seguido el levantamiento de los madrileños aunque se marcan algunas excepciones, pero a modo de singularidades que se han unido al pueblo en clara alusión, entendemos, a Daoiz, Velarde y Ruiz.

Los hechos de aquella jornada los expuso con enorme detalle y descripción el conde de Toreno que hizo su propio periplo mañanero: como la guarnición de Madrid había recibido órdenes de retirarse a sus cuarteles aquella mañana es Daoiz quien recibe orden para hacerse cargo del parque de artillería de Monteleón que había sido tomado por la artillería francesa mientras que los madrileños se dirigían a él buscando armas. Pedro Velarde, en cambio, parece ser que no ha sido movilizado pero eso a él no le importa y llega al parque de artillería acompañado de fusileros y oficiales, entre ellos el teniente de infantería Jacinto Ruiz, que al parecer los había ido recolectando por el camino. En Monteleón se encontrarán Daoiz y Velarde y decidirán armar al pueblo con fusiles con

bayonetas para desplegarse por las calles. En el parque, para su defensa, quedaron Daoiz y menos de un centenar de civiles armados con artillería y una batería de cuatro cañones a la puerta, de los cuales tres sirven para controlar las calles aledañas y defenderse de nuevos ataques franceses. Por orden de la Junta de Gobierno se hizo una tregua que sería rota por un cañonazo que, aunque provocó muchas bajas francesas, les dio la oportunidad de penetrar en el parque; en ese momento una nueva tregua, también ordenada por la Junta de Gobierno, fue en esta segunda tregua cuando el capitán Velarde es herido de muerte por un disparo por la espalda; Daoiz sería herido por bayoneta y de resultas moriría esa madrugada en su domicilio.

Una de las iglesias madrileñas más importante en la época, era San Isidro El Real, en la calle de Toledo, de la cual era patrono el rey. En su capilla, llamada del Buen Suceso, se colocaron el 2 de mayo de 1814, dos urnas con las cenizas de Daoiz y Velarde -no hay especial recuerdo, en cambio, para Jacinto Ruiz-; la tercera urna portaba las cenizas del resto de víctimas del 2 de mayo de 1808. Las urnas de Daoiz y Velarde, fueron hechas por orden del real cuerpo de artillería; la otra, se mandó hacer por el Ayuntamiento de Madrid. En la *Gaceta de la Regencia de las Españas* del 5 de mayo de 1814 se describe todo el ceremonial. A las 9 de la mañana del 2 de mayo de 1814, se reunieron en las casas consistoriales las autoridades de Madrid, se dirigieron a las Cortes donde se les unieron unos diputados, cuyos nombres no se identifican; y todos se encaminaron hasta el parque de artillería donde se encontraban las cenizas de Daoiz y Velarde, desde la tarde anterior. Allí esperaba un carro de triunfo fúnebre vestido con figuras alegóricas, dos bajo relieves bronceados en los costados del carro y una matrona con un libro sagrado que simbolizaba la religión con la siguiente leyenda: “*Y no quisieron quebrantar la santa ley de Dios, y fueron destrozados, y fue grande la ira contra el pueblo*” Se colocaron las urnas en el carro y comenzó el cortejo; iban ocho caballos sin herraduras y adornados con penachos y cubiertas de terciopelo negro y franjas de oro; custodiaban el cuerpo de zapadores, el regimiento de infantería de Málaga, el de Soria, el de la Princesa, el de caballería del rey, desplegados todos ellos por la carrera de San Jerónimo, con dirección al Retiro. La primera parada fue en el paseo del Prado donde esperaba otra urna con los restos de los madrileños que murieron en aquella jornada, esta se encontraba “en un pequeño templo que se había construido en el mismo sitio en que fueron sepultadas las ilustres víctimas”; se hizo un breve acto religioso y se recogió la urna que portaba otro carro “muy inferior en su magnificencia al de Daoiz y Velarde” pero “no dejaba de llamar la atención por su sencillez y buen gusto” Prosiguió el cortejo de vuelta, encabezado por un tren de cuatro piezas de artillería, por la carrera de San Jerónimo, calle de Carretas, Concepción Jerónima y San Isidro; al desfile se unieron los pobres del hospicio, los niños doctrinos, las hermandades de las comunidades religiosas, las parroquias, el clero secular, los militares inutilizados y artilleros con hachas encendidas. Llegaron a la iglesia de San Isidro a las dos de la tarde; las urnas se colocaron en un túmulo y comenzó un acto religioso cuya oración fúnebre hizo el canónigo Francisco Vales Asenjo, acompañado con música de Mozart. A la misa asistieron “10 doncellas, dotadas por la villa en 3 mil reales cada una, cuya dotación se les ha de entregar al contraer matrimonio”. Las llaves de las urnas se depositaron en un arca de caoba y al día siguiente se entregaron a las Cortes para que las custodiaran.

Pero dejemos los fastos y volvamos al lunes 2 de mayo de 1808. O’Farril y Azanza habían sido comisionados por la Junta de Gobierno para hablar con Murat que con el mariscal Moncey estaban en lo alto de la cuesta de San Vicente. Los comisionados pidieron a Murat que diera orden de parar el fuego y les asignara un general para restablecer la tranquilidad. A las tres de la tarde de ese día 2 cundió la voz de que unos españoles habían

sido arcabuceados junto a la fuente de la puerta del Sol y la iglesia de la Soledad. Los franceses habían comenzado a prender españoles. Narra el conde de Toreno como él mismo acompañado de otros fueron a casa del gobernador del Consejo, Arias Mon, que se encontraba durmiendo “sosegadamente la siesta”; tras despertar al buen hombre y ponerle al tanto de la situación este pobre desgraciado respondió que una persona como el gran duque de Berg no podía descaradamente faltar a su palabra; todos se dirigieron a la casa de correos donde vieron que se había formado una comisión militar francesa que enviaba a los presos en pelotones y atados de dos en dos para ser fusilados en el Retiro o en el Prado. Los que lograron escapar de la sangría de Madrid esa misma mañana del 2 de mayo y llegaron a Móstoles contaron lo ocurrido y por iniciativa de Juan Pérez Villamil, fiscal del Supremo Consejo de la Guerra, el alcalde de Móstoles extendió una escueta nota, que no bando, con la cual difundió la noticia a los territorios del sur:

“La Patria está en peligro, Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españoles, acudid a salvarla. Mayo 2 de 1808. El Alcalde de Móstoles”

Cuando los franceses consiguieron reducir todos los focos de resistencia en la jornada del 2 de mayo, vino una durísima represión inmediata que se zanjó con los fusilamientos del día 3 inmortalizados por Goya; fusilamientos ordenados por una comisión militar francesa presidida por los generales Grouchy y Negrete, este último español. Los fusilamientos continuaron la mañana del día 3 ya en el cercado de príncipe Pío. Relata el conde de Toreno que las pérdidas, para los cálculos del Consejo de Castilla, fueron de 200 víctimas; Murat redujo las pérdidas por parte francesa que quedaron en unos 80 entre muertos y heridos y así se publicó en *Le Moniteur* mientras que el propio Toreno las eleva a unas 1.200. Aquel día 3 la ciudad estaba solitaria y las calles sólo recorridas por patrullas francesas que procedían a las detenciones bajo el pretexto de llevar armas cuando muchos de los ciudadanos sólo portaban navajas o tijeras; muchos fusilamientos se hicieron en el mismo acto de la detención, otros lo fueron en la casa de correos y en los cuarteles; esa mañana se publicó el bando dado por Murat por el cual se prohibía toda reunión de más de ocho personas y se condenaba a muerte a todo aquel que portase algún arma.

Entre los días 3 y 4 salieron los infantes para Bayona; Francisco lo hizo el día 3, el infante Antonio Pascual salió la madrugada del 4 en un coche de viaje de la duquesa viuda de Osuna para intentar pasar desapercibido; antes de su partida, y en calidad de presidente de la Junta, dejó un ridículo papel a Francisco Gil y Lemus que hemos citado en la entrada de este capítulo. Esta estúpida nota nos dice mucho del personajillo en cuestión que ha sido definido como el más simple de los Borbones, carente de luces y talento como le describió la propia reina, María Luisa, siguiendo *Historia de la vida y reinado de Fernando VII*. Su salida a Bayona colocó a Murat como presidente de la Junta de Gobierno por el real decreto del 4 de mayo de 1808 y publicado en la *Gaceta de Madrid*, del día 10, que lleva la firma “Yo, el rey” y por el cual además se nombra a Murat lugarteniente general del reino, por lo que las autoridades españolas deben prestarle obediencia y acatar sus órdenes Dos días más tarde, el 6 de mayo desde Bayona, Fernando VII ha escrito una carta a su padre, haciendo a su favor la renuncia al trono; y por otra, fechada el mismo día, revoca los poderes dados a la Junta de Gobierno para que, a partir de ese momento, obedeciera a Carlos IV y a Napoleón.

El 5 de mayo de 1808 Fernando VII, desde Bayona, escribe a Napoleón para rogarle que le tome bajo su protección y que garantice a toda su comitiva la seguridad y

conservación de sus propiedades. No se mostró, el Emperador, indiferente a esta súplica y hasta su regreso a España, en 1814, Fernando y su comitiva, incluido el infante Antonio Pascual, pasaron una agradable estancia en el castillo de Valençay, perteneciente al que fuera ministro de Asuntos Exteriores francés, Talleyrand Perigord, príncipe de Benevento. Durante un tiempo Talleyrand ejerció de anfitrión, pero pronto abandonaría el castillo, quizá asustado. En el libro *Orígenes y antecedentes del reinado de Fernando VII* se da rendida cuenta de cómo transcurrió este descanso vacacional. Para Fernando, la jornada comenzaba hacia las nueve de la mañana, misa a las once, reunión con Ayerbe para conocer alguna noticia o rumor y atender la correspondencia, lectura, paseo, comida, juego al billar y nuevo rezo; hacia las ocho reunión de todo el séquito, jugaban a la lotería, cena, otra vez rezar y hasta el día siguiente. El infante Antonio Pascual después de la misa se dedicaba a pasear por los jardines, jugar al tresillo, bordar y arrancar y destrozarse las láminas y grabados de los libros de la biblioteca de Talleyrand que él calificaba de ponzoña en su ínfima capacidad mental e intelectual; y todo esto teniendo en cuenta que Talleyrand era también una buena pieza. La llegada a Valençay fue el 18 de mayo; y en una carta que Fernando dirige a Napoleón, fechada el 22 de junio, le da la enhorabuena por la satisfacción que tiene tanto él como su tío, el infante Antonio Pascual, de ver en el trono de España a su hermano, el rey José I Bonaparte; bueno podemos considerar que todo esto convierte a Fernando VII en el primer afrancesado.

En otra carta, fechada el 6 de agosto de 1809, Fernando felicita al Emperador por las victorias que las tropas francesas están teniendo en España y de las que se ha enterado por los periódicos. Nueva carta, fechada el 21 de diciembre de 1809, donde agradece a Napoleón su amor paternal y en respuesta le promete su “ciega obediencia” El 21 de marzo de 1810 Fernando VII felicitó a Napoleón por su segundo matrimonio con la archiduquesa María Luisa de Austria, después de divorciarse de Josefina; estuvo Fernando en la celebración que tuvo lugar en Valençay dando vivas y brindando por los recién casados.

En otra carta, fechada el 4 de abril de 1810, Fernando le confiesa a Napoleón que quiere ser su hijo adoptivo y recalca el pobre hombre: “yo me creo digno de esta adopción, que sería, verdaderamente, la felicidad de mi vida” Todavía, el 21 de noviembre de 1813, en el contexto de las negociaciones para la firma del Tratado de Valençay que puso fin a la guerra, podemos leer una propuesta que Fernando le hace a Napoleón por la cual no tiene inconveniente, si es agrado del Emperador, permanecer “quieto y muy gustoso en Valençay, donde he pasado ya cinco años y medio, y donde permaneceré toda mi vida si Dios lo dispone así” Bueno, pues, para desgracia de los españoles Dios, en su infinita misericordia, no quiso disponerlo así.

Y mientras, en España se luchaba y moría por *el Deseado* al tiempo que se denigraba al rey José con simpáticas coplillas, de las que tanto gustan al respetable, como esta que encontramos citada en la biografía fundamental de José I, escrita por Mercarder Riba; pero que también aparece en la bibliografía decimonónica: “*Ya se fue por las Ventas / El Rey Pepino, / Con un par de botellas / Para el camino*”; ya hemos hecho referencia al falso bulo de rey borracho, cuando parece ser que era abstemio; pero también se creía que era tuerto y se le retrataba de manera satírica con un solo ojo; Mesonero, así, nos recuerda más coplillas de la época: “*Dos en la ca... / Uno en la ma... / Y otro en el cu... / Y bueno ningun...*”

Se lee en la bibliografía del siglo XIX que hubo intentonas, a cual más desternillante, de restituir a Fernando en el trono de España. Así, el duque de Mahon, desde San Sebastián, hizo envíos de dinero a la comitiva de Fernando en Valençay para que planificaran una huida, parece ser que recibido el dinero se le dio otro destino más lúdico. Se cuenta también que unos aguerridos vascos ayudados por 300 miqueletes, conocedores del terreno, se ofrecieron para liberar a los secuestrados; e incluso se barajó la posibilidad de entrar en el castillo de Marrac, secuestrar a Napoleón y entregarlo a Inglaterra. Así, el barón de Colly se presentó en Inglaterra al duque de Kent proponiendo conducir a Fernando VII a bordo de la escuadra inglesa y trasladarle a un puerto de España; se dio vía libre al plan y para no causar dudas en Fernando se le entregaría la carta original, que en latín, le escribió el rey Carlos IV al rey de Inglaterra con motivo del primer matrimonio de Fernando con María Antonia de Nápoles; junto con otra carta, escrita al efecto, por el rey de Inglaterra además de pasaportes falsos partió el barón de Colly para poner su plan en ejecución. Para financiar el proyecto la casa de Maensoff y Clanoy le había dado unos diamantes que Colly vendió cuando llegó a París, pero fue traicionado por su secretario que contó a la policía parisina el plan y terminó encarcelado en el castillo de Vincennes. Pero no acaba aquí la cosa y el ministro de policía, Fouché, propuso a Colly que prosiguiera adelante con el plan para tantear por donde cojeaba Fernando VII, pero Colly se negó y terminó con sus huesos haciendo compañía a su secretario. Pero Fouché no se rindió y encargó la misión a un tal Richard que fingiendo ser Colly entró en el palacio de Valençay disfrazado de buhonero y con el pretexto de vender algunas joyas dejaría en manos de Fernando la documentación arrebatada a Colly. Consiguio entrevistarse con Antonio Pascual, pero cuando llegó a oídos de Fernando dio orden de dar cuenta al gobernador y se atrevió a denunciar a los ingleses el plan de fuga para liberarlo. Según se relata en *Historia de la vida y reinado de Fernando VII* Colly no saldría de su prisión hasta la caída de Napoleón, luego obtendría de Fernando VII el privilegio para introducir harina en la isla de Cuba con bandera extranjera, *Gaceta* del 12 de agosto de 1820. Ya con las Cortes en funcionamiento se dio una comisión al marqués de Ayerbe para que se trasladara a Francia, subió en Cádiz al bergantín Palomo portando dos millones de reales, para calibrar el estado de Fernando VII; pero decidió volver, antes de llegar, conocedor de la mala voluntad de Fernando; cuando pasó por Aragón fue tomado por sospechoso y así que le dieron muerte.